

LECCIONES DE UN RETORNO

El abrumador triunfo de Fernando Belaúnde Terry, en las recientes elecciones presidenciales peruanas, ha merecido diversos análisis en nuestro país, relativos a la posible analogía que dicho fenómeno pudiera tener respecto del futuro político chileno.

Lo que en primera instancia más impacta es que, después de 12 años de Gobierno militar, las Fuerzas Armadas peruanas hayan debido dirigir una elección popular que ha restituido el poder al mismo hombre que ellas derrocaron en 1968. Y como si esto no fuera suficiente, con Belaúnde ha retornado su gran amigo y colaborador de su Administración anterior, el talentoso pero discutido ex Ministro Manuel Ulloa, ahora con la doble función de Premier y de Ministro de Economía y Finanzas. ▶

Es, sin atenuantes ni disimulos, la vuelta de "los mismos".

De inmediato, los opositores al actual Gobierno chileno han sugerido que ello revelaría la presunta "incapacidad de los regímenes militares" para alterar el cuadro político preexistente a ellos. La prolongación de tales regímenes sería tanto más innecesaria o inconveniente, cuanto más dilataría el inevitable "restablecimiento".

En el otro extremo, no ha faltado la nota cómica de los principales portavoces del fascismo criollo, que pretenden derivar como lección del caso peruano la supuesta necesidad de suprimir "el sufragio universal inorgánico" y la existencia de toda forma de partido o agrupación política, sindicados como "causa" de lo ocurrido. Los "canales de participación", sustitutos que proponen, persisten en la vaguedad de las generalizaciones, aunque insinúan demasiado claramente su halo corporativo, irreal o totalitario.

Dejando de lado esta última interpretación de interés sólo anecdótico o pintoresco, el análisis objetivo y desprejuiciado de las verdaderas causas que han originado el caso peruano desautoriza la interpretación opositora, al paso que arroja interesantes conclusiones para un enfoque realista del actual proceso chileno.

Desde luego, los retornos políticos no son una respuesta aplicable como reacción sólo frente a Gobiernos militares. Es cierto que en 1973 se enfrentaron en Argentina los mismos dos candidatos que habían disputado la Presidencia 22 años antes, en 1951: Perón y Balbín. Pero entre el derrocamiento y el regreso de Perón al poder, mediaron parejo número de alternativos Gobiernos militares y civiles, éstos últimos de origen obviamente electoral. Casos parecidos son los de Velasco Ibarra en Ecuador, o los intentos

de Paz Estenssoro y Silez Suazo en Bolivia. Y en el propio historial político nuestro, los triunfales retornos de Arturo Alessandri en 1932 y de Carlos Ibáñez en 1952, se dan también indistintamente como reacción a Administraciones militares y civiles. Baste recordar, por último, que en 1970 Jorge Alessandri también estuvo a punto de regresar al poder, y en todo caso aventajó ampliamente al candidato del partido que seis años antes lo había reemplazado por vía electoral en la Presidencia, bajo el lema de que "todo tenía que cambiar".

Por otro lado, no deja de resultar contradictorio que los opositores chilenos proclamen simultáneamente su entusiasmo por los "retornos democráticos" en el continente mientras insisten en que "las dictaduras son el mejor caldo de cultivo para el auge marxista". La congruencia entre ambas posiciones constituye un notable desafío a la lógica, al menos a la tradicional.

Pero lo fundamental es no eludir el nervio del reciente fenómeno peruano. ¿Por qué triunfó Belaúnde? ¿Por qué retrotrajo el pueblo peruano las cosas a 12 años atrás? La respuesta básica es simple: por el rotundo fracaso de la gestión de las Fuerzas Armadas a la cabeza del Gobierno de ese país.

Cuando con motivo de cumplir el actual Régimen chileno seis años de labor, analizamos desde estas columnas las causas de su respaldo popular. Señalamos que en una instancia más primaria y directa, ellas eran tres: el orden interno dentro de una creciente normalización jurídica; el éxito económico ya tangible para muchos y cada vez más próximo en sus beneficios para todos y, finalmente, la indiscutida honestidad administrativa que ha prevalecido en este período.

Si evaluamos, en cambio, los 12 años de Gobierno militar peruano, el con-

traste a esos tres aspectos es categórico. Un resonante fracaso económico, acompañado de una corrupción pública y generalizada a todo nivel, y de una arbitrariedad mantenida largo tiempo sin mayor evolución normalizadora, generaron una impopularidad gubernativa difícil de igualar. La progresiva dificultad final para garantizar el orden público, no fue sino el corolario de lo anterior.

Excedería la posibilidad de estas líneas profundizar en las raíces de dicho fracaso. No obstante, surge incuestionable que la "primera fase", presidida por Velasco Alvarado, fue otro intento frustrado más en la unánime experiencia mundial de quienes han buscado una "tercera posición", esencialmente distinta de la economía libre y del colectivismo, bajo el manido slogan de "ni capitalismo ni comunismo". Agravada tal situación por el desorbitado armamentismo derivado de su espíritu belicista, Velasco Alvarado condujo la economía peruana al colapso. Las arbitrariedades propias de su resentimiento social, y la corrupción con que procuró "conquistar" a los uniformados que disfrutaban de ella, no fue suficiente para impedir que las propias Fuerzas Armadas lo derribaran.

Se dio así paso a la "segunda fase del proceso", eufemismo para intentar corregir el rumbo anterior, siquiera parcialmente. Pero si bien Morales Bermúdez se alejó del belicismo y logró mejorías relativas en lo económico, no pudo afrontar el costo político ni del remedio ni de la enfermedad que lo había exigido. Tampoco consiguió proyectar su honradez personal a la tónica general del Gobierno. Y, por todo eso es que las Fuerzas Armadas peruanas se han visto obligadas a regresar a sus cuarteles, en el mayor grado de desgaste político y desprestigio popular que se recuerde en esa

hermana República. Votar por Belaúnde era sin duda la forma más humillante que el electorado tenía para repudiar la gestión gubernativa militar. Por cierto que además nadie osó presentarse como continuista, y el único candidato que levantó la bandera del "velasquismo" no alcanzó al 1 por ciento del electorado.

Nada de eso es aplicable al caso chileno. La popularidad mayoritaria del Gobierno permite razonablemente pensar en una continuidad fecunda de la obra del Régimen militar, para cuando ésta culmine integralmente.

Habiendo sido el movimiento militar del 11 de Septiembre de 1973 la respuesta a un clamor ciudadano que lo reclamaba, la integración cívico-militar en nuestro proceso ha resultado fácil desde esa primera hora. En torno al Gobierno han surgido ya varias figuras civiles nuevas, que han adquirido prestigio ante la opinión pública en diversos niveles. Su número puede y debería multiplicarse año a año. La proyección de futuro político que este factor representa ha de calibrarse en todo su valor, porque sólo su estímulo —en lugar de su posible inhibición— permitirá que la democracia del futuro tenga nuevos actores relevantes. Y está claro que si el actual Gobierno aspira a legar una democracia profundamente renovada, ella no podría consolidarse sin esas nuevas figuras. Facilitan su creciente promoción, tanto el carácter indiscutido que tiene el liderazgo popular del Presidente Pinochet dentro del gobierno, como el progresivo desarrollo del Plan de Chacarillas, destinado a reforzar su autoridad dentro de un marco preciso aunque evolutivo.

Con todo, más importante que la necesidad de que no vuelvan "los mismos" es que no se vuelva "a lo mismo" que conocimos antes de la intervención militar. Y ello depende fundamen-

talmente de la capacidad creadora que debe nutrir constantemente al Régimen, para plasmar la ambiciosa e integral transformación modernizadora que se ha propuesto en lo político, lo económico y lo social.

Es claro que resultaría menos malo el inmovilismo que una revolución desafortunada, como la de Velasco Alvarado. Pero el inmovilismo sólo puede pretenderse como un paréntesis, más o menos largo. Después, necesariamente se retorna a "lo mismo". Tanto más, si ya se ha comprobado suficientemente que el subdesarrollo, que aflige a la mayoría de los países latinoamericanos, es incompatible con una democracia de masas seria y estable, cuya instauración requiere por tanto como prerequisite un suficiente grado de desarrollo económico-social y educacional. De ahí que el desenlace del retorno de Belaúnde invite, más bien, a un prudente escepticismo que a la cándida euforia de quienes en Chile lo han saludado como un "triunfo de la democracia".

Producida en cambio, como está ocurriendo en nuestro país, una transformación creadora y acertada en la línea de la libertad personal, el desarrollo económico y el progreso social, la nueva realidad obliga a actitudes más

exigentes y posturas más fecundas. Al mismo tiempo, más realistas y más imaginativas. Logrado esto, la hipótesis del retorno de los viejos actores se dificulta, y correlativamente se favorece el surgimiento de los nuevos. Pero aun los antiguos que volvieran se verían forzados a adaptarse al esquema planteado por la realidad emergente, y eso es lo principal.

Ahora bien, si a la tarea modernizadora se suma un compromiso claro y oficial del Régimen militar con un futuro políticamente viable para Chile —y por ende esencialmente democrático—, quienes actúen entonces podrán hacerlo además en nombre de la continuidad de aquél.

Que no retornen "los mismos" sería ya un buen síntoma. Que no se retorne "a lo mismo" parece todavía mucho más sustancial. Que esa obra nueva pueda proyectarse al futuro, reconociendo ser herencia del presente, constituiría sin duda el mayor éxito histórico y político del actual Gobierno. Acceder a este último peldaño dependerá del realismo con que la futura democracia se asuma, desde ahora, por los gobernantes y consecuentemente por el sentimiento ciudadano como fruto anhelado —y no como réplica o contradicción— de la obra actual.

R